

## TARRAGONA MEDIEVAL. RECONQUISTA Y RESTAURACIÓN\*

En primer lugar, quisiera expresar mi agradecimiento a la Reial Societat Arqueològica Tarraconense y al Ayuntamiento de Tarragona por esta invitación para hablar sobre un tema central en mis estudios de historia medieval: vuestra historia, es decir, la de la Cataluña Nueva y la de esta dinámica ciudad. ¡Qué maravillosa oportunidad para volver a visitar la ciudad que me ha inspirado, que ha captado mi interés desde siempre, y que ha apoyado mis estudios abriendo sus archivos y dejándome explorar sus calles y sus monumentos, dejándome observar a sus gentes!

Este nuevo encuentro sirve para crear un mayor intercambio de información, nuevos amigos y renovado entusiasmo para la futura publicación de mi tesis revisada sobre *La conquista y restauración de Tarragona, 917-1171*. Esta tesis podría ser publicada por la Sociedad Arqueológica, en catalán o castellano, en el nuevo milenio y con motivo del centenario de uno de los puntales de esta organización, el notable historiador local Emilio Morera y Llauradó.

En segundo lugar, debo disculparme por haber estado ausente demasiado tiempo y, por este motivo, no ser capaz de dirigirme a ustedes en un castellano más fluido o de conversar en catalán; han pasado cinco años desde que utilicé el castellano por última vez y he perdido la práctica. Dos días visitando Cataluña han sido suficientes para recuperarme del *jet lag*, pero no para resucitar mi fluidez en una lengua extranjera. Espero que pueda hacerme comprender.

En esta breve disertación me gustaría relacionar la arqueología con la historia; los vestigios físicos y concretos de los acontecimientos humanos con lo teórico, lo documental y la acción del proceso histórico (es decir, el cambio, en el contexto de tiempo y espacio). No puede existir mejor ejemplo que esta ciudad verdaderamente histórica, que engloba, en reali-

\* Resumen de la conferencia de Lawrence J. McCrank organizada por la Reial Societat Arqueològica Tarraconense el 28 de Mayo de 1998 en el Salón de Actos del Ayuntamiento de Tarragona.

dad, a dos ciudades: la Táraco clásica que dejó de existir tal y como los romanos la conocieron, imaginando que existiría para siempre, y la Tarragona medieval, que tuvo que ser construída de nuevo pero que presenta continuidad hasta el momento actual.

No obstante, la historia no ha sido siempre amable con este lugar, tan favorecido por la administración imperial en su crecimiento y expansión, generación tras generación construyendo y volviendo a construir; con la presión de la inmigración, la integración social de diferentes pueblos, los estragos causados por la guerra y la conquista, las revoluciones sociales, las persecuciones y los martirios, la conversión religiosa; con las invasiones y saqueos germánicos; y por último la supresión de la cultura latina y de la hegemonía romana en la península Ibérica por las fuerzas musulmanas de África. La antigua Táraco dejó de existir. Lo que Roma construyó para que fuese permanente resultó ser más frágil de lo que nadie preveía, excepto por la visión misma de gran ciudad mediterránea, como monumento de lo que fue esa civilización.

Pero lo que nos llama la atención a los historiadores es que Táraco/Tarragona ocupa una posición central en este dinámico cambio de una civilización a otra. Por encima de los impresionantes restos arqueológicos, está su importancia por haber inspirado la recuperación de la ciudad y la restauración eclesiástica de Tarragona como sede metropolitana. Desgraciadamente, nos encontramos ante una discontinuidad histórica entre los períodos clásico y medieval de Tarragona por la ausencia de testimonios documentales. Es comprensible, debido por una parte a los limitados medios existentes en aquel entonces para recoger la memoria cultural, y por otra a las dificultades de su preservación hasta nuestros días.

Fue una gran tragedia para la Historia la destrucción en tiempos modernos de mucho de lo que tenía valor histórico, cuando las personas tenían un mejor conocimiento y otros recursos, pero todavía desdénaban lo histórico, rechazaban sus raíces, y derrochaban sus energías en políticas confusas y guerras civiles. La mayor parte de la documentación disponible sobre la historia de Tarragona que sobrevivió durante el siglo pasado y parte de la cual hoy ha desaparecido, fue examinada parcialmente por Morera y Llauradó, quien recogió necesariamente tan solo los datos básicos para la historia política de la zona.

Así pues, nos encontramos ante el hecho de que nuestras necesidades para confeccionar una Historia Nueva, con la reconstrucción socio-económica y cultural de grandes marcos interpretativos a partir de pequeños detalles locales, no pueden satisfacerse con los documentos que quedan. Nos vemos obligados a recurrir a la antropología comparada para

inferir de otras áreas lo que aquí no podemos conocer de forma segura, intentando al mismo tiempo no distorsionar los acontecimientos locales o las peculiaridades regionales, ni ver todo el desarrollo histórico de la misma manera. En la reconstrucción histórica se ha de poder distinguir entre similitud e identidad.

Se requiere también una integración más minuciosa entre arqueología e historia, con un enfoque principal hacia la arqueología medieval para compensar la antigua y casi única preocupación por los restos romanos y la herencia clásica. En la mayoría de los casos, gran parte de los restos y niveles medievales fueron destruidos sin ninguna consideración, en la búsqueda de los cimientos antiguos. Así, los principios de orientación clásica en la educación del siglo XIX produjeron automáticamente una cierta discontinuidad, al informar sólo sobre las primeras etapas de la ciudad, y descuidar lo que ocurrió y lo que quedó de lo que estaba entre medio, es decir, la Edad Media.

Merecen ser alabados todos los esfuerzos a realizar para que haya un mejor sentido de continuidad entre los períodos clásico, medieval y moderno. Esto supone aplicar un principio del sentido común ya que los restos presentan continuidad histórica y no solamente se ha de tener en cuenta la conservación de lo clásico, como si la historia no avanzase. No se puede pretender el encapsulado de un lugar como si fuese eternamente inalterable, como si lo físico pudiera desafiar el paso del tiempo.

Aunque la importancia de la Tàrraco clásica es innegable, la de la Tarragona medieval no es menos significativa. Decisiones y acciones tomadas o realizadas en o sobre Tarragona durante el siglo XII, así como su desarrollo, que suponían, por ejemplo, y especialmente, la conceptualización de la historia más allá de lo inmediato y la prevalencia de la unidad territorial de un estado por encima de la cultura local, fueron cruciales para la organización de la Iglesia Hispánica, la formación de la Corona de Aragón, la hegemonía euro-cristiana sobre el Mediterráneo basada en un sistema de alianza militar y comercial italo-languedociana-catalana, y el desarrollo de una sociedad pluralista, una cultura diversa y una visión económica del mundo dinámica y expansionista.

\* \* \*

¿Qué suponen las ideas entrelazadas de reconquista y restauración en la Edad Media? La historia nunca puede ser recreada o re-promulgada, sino sólo creada de nuevo. El hecho de que algo intervino y afectó la con-

tinuidad normal de las cosas se hace significativo con el empleo del prefijo “re-” (o acción repetitiva), en las ideas de recuperación por conquista, reconstrucción y reorganización del caos en orden, basado en el modelo idealizado de la iglesia patrística. Se puede entender que la importancia del pasado de Tarragona como antigua Táraco puede servir de motivación para reclamar una herencia perdida, pero lo que sucedió en el siglo XII fue decididamente diferente de previos intentos de recrear la continuidad histórica sólo de nombre, como en la dedicación de un nuevo obispado *in partibus fidelibus*, como si fuese recreado como parte de la renovación cristiana, o como una mera conmemoración para cuidar los antecedentes históricos en el desarrollo de la Iglesia.

Igualmente, la reconquista concebida como la devolución de algo tomado injustamente por otro era algo mucho más fácil de justificar que la simple conquista. La primera podría ser vista como Guerra Santa, empaçada en cualidades espirituales, incluso meritorias, mientras que la segunda era para obtener ganancias materiales o por conveniencia política. Los impulsos agresivos de la ideología reformista de la generación de la Reforma post-Gregoriana, la justificación de la fuerza, no como defensa de la cristiandad, sino como restablecimiento durante la era de las Cruzadas, y las ambiciones territoriales de los príncipes y reyes cristianos durante la Reconquista, todo ello combinado en una nueva sinergia, grandes alianzas, estrategias y persistencia, hicieron de la reconquista y restauración de Tarragona en el siglo XII algo decididamente diferente de intentos anteriores.

La recreación de la Cristiandad en el antiguo territorio musulmán, es decir, anteriormente cristiano, produjo una Iglesia y un estado diferentes de lo que habían sido antes o de lo que claramente se preveía que serían. La historia raras veces se desarrolla exactamente como se haya podido planear, y los modelos teóricos imitados y transformados concretamente son, no obstante, representaciones y reconstrucciones. La Iglesia y el Principado de Tarragona también lo fueron.

Varias preguntas importantes quedan sin respuesta, sin embargo, en el tema de Tarragona, del cual solamente poseemos datos imprecisos y documentación incompleta. En lugar de evidencias concretas únicamente podemos hacer un ejercicio de suposición y especulación. Quizás algún día la arqueología medieval nos dará respuestas y, por analogía, la antropología podrá hacer conjeturas.

¿Qué fue reconquistado? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Se trató de una gran batalla, de una invasión masiva, del sitio de una ciudad fortificada? Se

supone que Tarragona fue una ciudad musulmana, la cual tuvo que ser tomada de la misma manera que Tortosa y Lleida, pero es posible que no haya sido así. La respuesta requiere una reconstrucción de lo que constituyó la Tarragona musulmana. En su mayor parte, las fuentes musulmanas no hablan del tema. Los viajeros musulmanes confundían la Cordillera Prelitoral Catalana y las montañas del sudoeste de Tarragona en el Priorat, tan claramente visibles desde el mar, con una extensión de los Pirineos, como si considerasen que Tarragona formase parte del reino de los francos, o cuanto menos, como el territorio más lejano de la frontera musulmana con la antigua Marca Hispánica en el noreste de España.

Las ciudades musulmanas de Lleida y Tortosa estaban fortificadas y eran administradas desde Zaragoza por los *Banu Hud*, pero no existen documentos que constaten que sucedía lo mismo con Tarragona. En lugar de evidencias claras de que Tarragona fue una ciudad musulmana, únicamente han quedado fragmentos mínimos de información sobre la ocupación musulmana; que haya inscripciones en un bloque aprovechado de un templo romano para erigir una mezquita durante el apogeo del califato en el siglo X, no significa por sí mismo que esa mezquita fuese utilizada todavía dos siglos después. Los fragmentos de cerámica encontrados no son, ni mucho menos, indicadores de la existencia de una población indígena y su tipología es tan genérica que el lugar de producción no se puede concretar ni en el espacio ni en el tiempo. Estos fragmentos son, quizás, más indicadores de actividad comercial que de residencia musulmana en Tarragona.

Finalmente, parece que los invasores africanos Almorávides y Almohades podrían haber guarnecido y refortificado Tarragona para utilizarla como avanzada, pero su dominio nunca fue lo suficientemente estable o duradero como para considerarla genuinamente musulmana.

La toponimia nos sugiere más de dos docenas de pueblos musulmanes en el Camp de Tarragona y en el Priorat, pero ¿se mantuvieron vivos estos asentamientos durante cinco siglos? La obra de Julio González y otros muestra que la ocupación de las áreas rurales fue tribal, basada en la familia extensa, sin ninguna conexión con el sistema de implantación utilizado por los señores cristianos, basado en criterios de ordenación, deslinde y cercado.

Por tanto, conviene considerar la invasión cristiana del territorio musulmán más bien como una incursión en una zona vastamente nebulosa y amorfa, a través de un sistema de defensa blando. Una invasión resultaría un esfuerzo inútil para conseguir algo muy concreto si la población

musulmana evitaba el ataque, sobornaba a los invasores como en el caso de los parias o el pago de un chantaje para no ser agredidos, a guisa de soborno, o simplemente se ocultaban en las impenetrables montañas hasta que los intrusos se marchaban. El saqueo y el pillaje podían ser lamentables, pero los musulmanes se podían tomar la revancha tendiendo emboscadas a los atacantes y hostigándoles hasta que regresasen a sus castillos cristianos más allá del río Gaià.

En resumen, la Reconquista de las tierras de Tarragona puede considerarse más como guerrilla que como el tipo de cruzada asociada con Tierra Santa o con las ciudades fortificadas de la España musulmana. La ocupación de la frontera por los cristianos parece haber sido un proceso más de infiltración que de repoblación masiva de una tierra de nadie, o que de una toma militar de centros urbanos musulmanes.

La arqueología rural es casi inexistente; sin embargo, e incluso si hubiese un gran empeño en ello, la recompensa por la labor realizada sería pobre. Esta ausencia de evidencia física de una población musulmana extensiva o de concentraciones cristianas podría ayudar a confirmar mi hipótesis, pero el sistema de valores de la arqueología se basa en lo tangible, no en la ausencia de ello. En arqueología la fama y el reconocimiento no se ganan a través de pequeños perfeccionamientos de marcos vastamente hipotéticos, sino a través de grandes hallazgos. Además, si durante dos siglos se produjo una integración rural dispersa como en el caso de las ermitas, factorías, y viviendas de trabajadores migratorios de carácter provisional, no es muy probable que podamos diferenciar sus restos de manera precisa.

Las herramientas de hueso o piedra tallada no nos sirven para distinguir una cultura de la otra; pero los canales de irrigación y las formas que solían usar para asentar sus poblados podrían ser reveladores. Aún así se produciría un argumento *ex silentio*.

Las cartas de población y las franquicias nos proporcionan alguna información sobre la resistencia musulmana a la ocupación cristiana de las tierras altas a mediados del siglo XII, pero no tanta sobre las tierras bajas. La misma Tarragona sigue siendo un enigma, con excepción de que Odericus Vitalis, que informa sobre la prédica que Oleguer realizó en el norte de Francia, hace referencia a la cruzada del arzobispo y explica que la ciudad estaba en ruínas, cubierta de árboles y que su gloria de días pasados había quedado muy atrás.

En resumen, parece que Tarragona era una ciudad fantasma con maravillosas ruinas encantadas por el espíritu de tiempos pasados, y no

una próspera ciudad musulmana que tuviera que ser reconquistada. La arqueología de la ciudadela de Tarragona, cuya acrópolis consistiría, en gran parte, en un espacio abierto, protegido por unas murallas imponentes y con un templo en ruinas en el centro, no ha proporcionado ningún indicio sobre la ocupación musulmana ni sobre ninguna construcción significativa. También encontramos un gran vacío en lo que se refiere a la existencia de viviendas cristianas.

En ambos casos, fuera un *ribat* provisional de defensores musulmanes o un campamento cristiano, la escena bien podría haber sido la de un conjunto de tiendas de acampada dentro de los recintos de templo y del circo, con un improvisado apuntalamiento de defensas desde las murallas circundantes y de las torres, y nada más. Incluso entonces Tarragona habría sido un lugar peligroso para acampar, ya que las ruinas eran tan dispersas. En efecto, hubiesen podido existir varios campamentos a la vez sin demasiado contacto entre ellos, en las ruinas del puerto en la parte baja de la ciudad, en la urbanización irregular del área del foro local, y en el interior de las murallas de la parte alta.

Pero, el riesgo de una incursión por sorpresa incluso dentro de las murallas habría sido muy elevado, ya que un destacamento móvil atacante habría sido mucho menos detectable entre los vastos escombros y ruinas de la ciudad, que desde cualquiera de las torres situadas estratégicamente a lo largo del perímetro del campo de Tarragona. Quizás sea mejor ver a Tarragona como un apeadero para las incursiones de un lado al otro de la frontera más que como el territorio permanente de alguien. Era demasiado extensa y, por eso, demasiado peligrosa para ser ocupada, incluso para una estancia temporal. Se requería un gran número de hombres para tomar y ocupar Tarragona. Ninguna de las partes lo tuvo hasta el siglo XII.

A parte de las falsas pretensiones del abad Cesáreo de Sta. Cecilia de Montserrat, las cuales nunca fueron reconocidas en Cataluña ni en ningún otro lugar, el precedente establecido por el intento eclesiástico y restaurador del obispo Atón de Vic fue también artificial y altamente ficticio. Sin embargo, éste unió los futuros de la iglesia y el condado de Ausona con la expansión Catalana hacia el sudoeste, permitiendo que la ascendiente casa condal consolidase los asuntos en Barcelona. El intento del obispo Berenguer de Lluçanès de Vic tuvo más consistencia pero también fue un asunto visionario y se trató más de una disidencia en la política eclesiástica del área metropolitana de Narbona, que de una restauración real de la iglesia de Tarragona. La empresa contra Tortosa en el año 1085 fue un gesto fugaz y es significativo que se desviase completamente de

Tarragona. Los contraataques y escaramuzas con los africanos desde 1106 hasta 1124 ocurrieron todas a lo largo de los ríos Ebro y Segre, no en la frontera de Tarragona *per se*. Entonces ¿qué se puede decir del destino de Tarragona después de 1118? Simplemente que el premio todavía estaba por ganar, e incluso si ya se tenía, el problema real era retener este inmenso campo arqueológico. Otros emplazamientos extensos, como el de Ampurias, por ejemplo, simplemente habían sido abandonados, utilizados como cementerio, y conservados en la memoria para la posteridad. Pero Tarragona no está situada en una zona interna del territorio condal; era la puerta de la frontera de la Cataluña Nueva.

\* \* \*

Esta centenaria y ambigua situación cambió radicalmente después de 1118 como reacción a la amenaza africana a lo largo de la frontera. Las tierras condales podían ser atacadas en cualquier dirección. Incluso Barcelona podía ser atacada desde las ciudades fortificadas de Lleida y de Tortosa en el Ebro. Por eso Tarragona se convirtió en un enclave crucial, no solamente por su importancia histórica sino por su situación estratégica. Si estaba en poder de las fuerzas cristianas y los musulmanes intentaban una incursión en Cataluña a través de la antigua ruta del interior bajando por los valles del Aoia y del Llobregat, el corredor por el que se alineaban las avanzadas cristianas, situadas en los peñascos que dominaban estos valles desde Sarroca y Olèrdola hasta Claramunt y Gelida bajando hasta Castellvell, podía ser sellado por detrás de los atacantes desde Tarragona. La simple amenaza de tal acción desde la retaguardia hacía que este tipo de invasión fuese improbable.

Fue la iglesia la que emprendió la reconquista permanente de Tarragona en relación a la restauración de su Sede y de acuerdo con su importancia como lugar sagrado, central y estable, mientras que las fuerzas condales se mantenían móviles de acuerdo con una corte en gran parte itinerante. El arquitecto de la "reconquista" o de la ocupación de Tarragona fue el obispo Oleguer de Barcelona, quien ocupaba el cargo de embajador extraordinario. Habiendo estudiado como se llevó a cabo la reconquista de Tierra Santa a través del establecimiento de Estados cruzados, fue el cerebro de una archicofradía para financiar la arriesgada empresa, y utilizó guerreros normandos para la campaña, quienes ya habían demostrado sus habilidades en los campos de batalla de Aragón. La enfeudación de Tarra-



gona, bajo la soberanía papal, para Robert Bordet d'Aguiló en 1128, estableciendo el Principado de Tarragona, no fue nada corto de ingenio. Fue una estratagema basada en el precedente feudal y bajo la salvaguarda de la autoridad eclesiástica. Los normandos ocuparon Tarragona a la sombra del poder condal del entorno Barcelona, que estaba a su vez respaldado por el poder de la Orden del Temple. El arzobispo Oleguer nunca fijó su residencia en Tarragona más de lo que lo hizo en su Sede de Barcelona, cuyo obispado mantenía a la vez. No puso fin a sus interminables viajes hasta casi sus últimos días, llegándole la muerte en la primavera de 1137.

Según se refleja en documentación posterior, los normandos aseguraron su dominio de la ciudadela de la parte alta de Tarragona desde la torre del Pretorio. Esta torre, la situación de la cual fue igualmente provechosa para los visigodos, ya había sido utilizada anteriormente para vigilar la costa y el área del antiguo circo romano. Desde este punto los normandos vigilaban las murallas de la parte alta de Tarragona, muy probablemente para defenderse de un ataque sorpresa desde la parte baja. Robert Bordet era el hombre de confianza del obispo, un protector declarado, no tanto del propio prelado, vista su ausencia, como de su nascente Sede. Aunque los eclesiásticos recuperaron rápidamente el suelo santo del interior del anfiteatro construyendo una estructura románica sobre la basílica cristiana que había sido erigida en el lugar de martirio de San Fructuoso, propiamente empezaron a reconstruir la sede eclesiástica en el lugar donde se había celebrado el culto imperial romano, en el centro de la ciudadela amurallada. La Tarragona medieval fue repoblada a partir de estos dos puntos iniciales, uno militar y el otro eclesiástico.

Cabe preguntarse si la división entre la parte militarizada normanda y la ciudad eclesiástica estaba tan bien delimitada como nos incitan a creer documentos posteriores a la mitad del siglo, cuando la estructura de gobierno diseñada por Oleguer fue reelaborada por los catalanes. Desarrollos posteriores indican un barrio judío adyacente al enclave de la Iglesia, separando la zona del arzobispado de la zona del Príncipe de Tarragona. Más tarde, mercaderes y comerciantes catalanes se asentaron en el área del circo, y lentamente, en la baja Edad Media la Tarragona medieval se extendió hacia el sur a través de los escombros de los suburbios de la Tarragona Romana. Restos del siglo XIV, descubiertos recientemente, según me han informado, apuntan a una expansión suburbana en el circo y más allá.

Pero la Tarragona medieval cristiana en el siglo de su restauración continuó siendo pequeña, compacta y, presumiblemente, densa. Sin

embargo, poco se sabe de los defensores normandos, de su situación (excepto que ocupaban la torre convertida en “palacio”), de su número, sistema de levas y de sus lazos con el resto de la Europa Normanda. Se habría podido esperar la pervivencia, de armas y objetos artísticos; por lo menos de objetos metálicos. Pero parece que los normandos vivieron como cangrejos ermitaños, utilizando las conchas vacías de otros moluscos como si fueran su casa. Por consiguiente, desaparecieron sin dejar demasiado rastro.

\* \* \*

La reincorporación de la Tarragona normanda a la Corona de Aragón y la transmisión del principado se revela en documentos legales en 1153-54 sobre disputas entre la corte y los hijos de Robert Bordet, encabezadas por el mayor, Guillem, quien intentó dominar su herencia en enorme desigualdad. El acuerdo establecido por Oleguer, no fue duradero; tampoco lo podía ser después de la caída de Lleida y Tortosa en 1146-48 y de la unión de Aragón y Cataluña. No está claro si Oleguer vió la posibilidad de que los normandos traspasasen el señorío secular sobre Tarragona como herencia de una dinastía principesca, pero está claro que estas eran las expectativas de los hijos del Príncipe Robert.

El prelado tampoco pudo asegurar una sucesión archiepiscopal rápida, ya que los obispos de esta provincia eclesiástica tardaron cinco años en elegir un sucesor, y aún así la elección no fue buena. Gregori, el abad de Cuixà, no era la persona adecuada para ocupar el lugar de Oleguer y, en efecto, murió después de un año en el cargo, sin haber abandonado su retiro en la montaña para ir a Tarragona. Los años intermedios permitieron al conde de Barcelona asegurar que su propio hombre de confianza ocupase la sede vacante y se trasladase a la nueva ciudad.

La elección recayó en 1146 en un hombre más joven, el protegido del obispo Guillem de Torroja de Barcelona, el capaz Bernat Tort, que resultó ser el hombre de confianza del conde. El fue el que llamó a los normandos al orden, subordinándolos a la Iglesia, y el que reconoció una predominante soberanía condal/real sobre Tarragona y quizás incluso una presencia gobernante catalana más oficial en la ciudad cuando pobladores catalanes se trasladaron allí. Los normandos no recibieron ningún enfeudamiento en Tortosa y Lleida y parece que fueron privados de sus posibilidades de expansión.

La milicia catalana ocupaba los extremos del territorio de Tarragona entre la falda de las montañas y la parte costera al sur de la ciudad. Los templarios hicieron lo mismo en el Alt Camp, desde la Conca de Barberà a Montblanc, y al otro lado del Priorat, todavía musulmán, en Miravet, Gandesa y Alcañiz. Alrededor de 1153 la resistencia musulmana en las tierras altas había sido sofocada al caer el castillo de Siurana, pero los viajes por la costa continuaron siendo peligrosos durante otro siglo.

En la misma Tarragona, la facción normanda cada vez estaba más intranquila con su confinamiento y subordinación. Su situación cambió totalmente con un arzobispo que residía en Tarragona, con la construcción de la ciudad eclesiástica y, en términos de población residente, con su *status* de minoría. Cuando el arzobispo Bernat Tort no regresó de una misión diplomática, supuestamente en Inglaterra, se le creyó muerto y su antiguo mentor, Guillem de Torroja, cuya familia estaba amparada por los caballeros Templarios, vino a Tarragona como arzobispo. No tenemos información detallada de los acontecimientos acaecidos en el feudo cuando estalló una guerra civil, con resultado del asesinato del arzobispo, del que se culpó a los hermanos normandos como co-conspiradores, así como el asesinato también del príncipe Guillem. Estos acontecimientos culminaron irónicamente con el exilio del resto de los miembros de la familia Bordet a la Mallorca musulmana.

Es simbólico de la reincorporación de Tarragona a la Corona de Aragón y del restablecimiento de un incontestable poder de la Iglesia basado en un principado eclesiástico, que en el mismo año de la destrucción del poder normando, los catalanes empezasen en 1171 a trabajar en la nueva catedral de Tarragona sobre los restos del templo romano. En el proceso de reconstrucción, lo más seguro es que se destruyeran edificios romanos y que la ciudad medieval empezase a crecer sobre y de las ruínas romanas. La reedificación fue destructiva pero el recubrimiento fue también preservador.

La capa de restos del siglo XII entre lo que quedó de la Tarragona romana y la nueva ciudad medieval, la cual está mejor documentada por calles o edificios posteriores, es quizás demasiado fina para ser vista, demasiado difusa para ser significativa y demasiado parecida a lo que había antes y a lo que habría después para ser identificable. Parece que no hay ninguna característica identificativa de la ocupación normanda, por ejemplo, como sus castillos de ingeniería única en Gales o sus almenas en Sicilia. ¿Desaparecieron los normandos literalmente sin dejar ni rastro? Espero que no sea así, y que algún día la arqueología medieval en esta ciu-

dad sea capaz de decirnos quién habitó en ella, cuando y cómo estas gentes contribuyeron a la restauración física de la Tarragona medieval. De tan fragmentados datos se podría extrapolar más información de la que proporcionan los documentos ya existentes.

Aunque nunca conoceremos a estos pioneros individualmente, colectivamente su nueva sociedad fronteriza y el asentamiento urbano se pueden conocer mejor que hasta el momento actual.

\* \* \*

Es necesaria la apertura de un diálogo entre historiadores, antropólogos y arqueólogos para explorar la Tarragona medieval con detalle, y haciéndolo, recordando las palabras de Miguel de Certeau, también se está explorando la arqueología del conocimiento mismo. Somos moldeados por la historia que recordamos, tanto como por las experiencias contemporáneas que encontramos. Ampliar nuestra memoria histórica es enriquecer nuestra vida, no en un intento fútil de revivirla sino, con el significado de la teología cristiana de la restauración, de renovar nuestro espíritu. En este sentido, descubrir nuestro pasado es explorarnos en el presente y asegurar que nuestro futuro tenga un soporte.

Espero que esta conferencia, con las observaciones que un historiador americano hace para la Reial Societat Arqueològica desde un punto de vista aventajado por la distancia, sea una contribución positiva para la continuación de este diálogo. Agradezco la oportunidad que se me ha brindado de dirigirme a todos ustedes para hablar de su historia local en el contexto de los asuntos globales y del universo en expansión del conocimiento, antes de que publique la revisión de *La conquista y restauración de Tarragona*. Espero que este trabajo pueda ser mejor informado por la arqueología de la Tarragona Medieval. Gracias.

LAWRENCE J. MCCRANK

*Traducción de Elisabet Brull y Rafael Gabriel.*

## MEDIEVAL TARRAGONA: RECONQUEST AND RESTORATION\*

*First, let me express my appreciation to the Reial Societat Arqueològica Tarraconense and patronage of the Ajuntament de Tarragona for this invitation to speak about a subject central to my studies in medieval history— your history, namely that of the frontier of New Catalunya and of this vibrant city. What a wonderful opportunity to revisit a city that has inspired me, captured my lifetime interest, supported my studies by opening its archives to me and letting me explore its streets and monuments and observe its people. Now renewed contact makes for more information exchange, new friends, and enthusiasm for my planned publication of my revised dissertation on the Reconquest and Restoration of Tarragona, 971- 1171, which the Society may publish in a Spanish or Catalan version after the new millennium and centenary of one of this organization's founders and a noteworthy local historian, Emilio Morera y Llauradó. Second, I must apologize for having been gone too long and therefore not being able to speak to you in more fluent Spanish or to converse in Catalan, it has been a full five years since I used Spanish conversationally and I am out of practice. Two days of sightseeing in Catalunya has been only enough time to recover from jet lag, but not to resurrect fully my utility of a foreign language. I hope you can hear me, and more, to understand me. In this short presentation I wish to relate archeology and history, the physical and concrete remains of human affairs with the theoretical, documentary, and action of the historical process (i.e., change, in the context of time and space). There can be no better example than this truly historic city, which is really two cities, classical Tarraco*

\* Summary of the Presentation of Lawrence J. McCrank in the Acts of the Reial Societat Arqueològica Tarraconense, 28 May, 1999 Sala d'Actes, Ajuntament de Tarragona.

*which ceased to exist as the Greeks and Romans knew it and envisioned it forever, and medieval Tarragona which had to be founded anew but does have continuity with the modern age. However, history has not always been kind to this place, so hallowed by imperial administration with its growth, expansion, and overlay of one generation after the other's building and rebuilding; the strain of immigration, social integration of various peoples, the ravages of war and conquest, social upheavals, persecutions and martyrdom, and religious conversion; Germanic invasions and takeovers, and ultimately the eclipse of Latinate culture and Roman/Romanic hegemony in the Iberian peninsula by African Muslim forces. Ancient Tarraco ceased to exist. What Rome built to be permanent proved to be more fragile than anyone envisioned, except for the vision itself of a great Mediterranean city and a monument to what that civilization once was and could be again.*

*But for historians, it is this dynamic change-over from one civilization to another and position of Tarraco/Tarragona as an epicenter in both that attracts our attention. Beyond the impressive archeological remains of ancient civilization is their importance for inspiring a rebirth of civic culture and ecclesiastical restoration of the metropolitanate of Tarragona. The discontinuity in Tarragona's history between the classical and medieval periods is understandable, given the limited technologies for cultural memory then and the prevailing needs for existence in the here and now. The great tragedy for History was the destruction of so much of the historical in modern times when people knew better, had other options, but still spurned the historical, rejected their roots, acted impulsively, and spent their energies in confused politics and civil war. Much of the extant documentation for Tarragona's history survived through this past century, was examined partially by Morera y Llaurado who necessarily surveyed only the critical records for the area's political history, so that today our needs in New History, its socio-economic and cultural reconstruction of large interpretative frameworks from minute local detail, are not satisfied by the records that remain. We must turn to comparative anthropology to infer from other areas what cannot be known for sure here, while being careful not to distort indigenous developments or regional distinctive-*

*ness often based on geography, or to see all historical development as the same. Similarity and sameness must be distinguishable in historical reconstruction.*

*A closer integration of archeology and history is also required, which means a focus on the importance of medieval archeology to balance the older almost total pre-occupation with Roman remains and the classical inheritance. In so many cases, too much of the medieval over-layer was cut away thoughtlessly in search of the ancient foundation, so that the values of a classical orientation in nineteenth-century education produced automatically a certain discontinuity by informing the present only from the beginning, and neglecting what occurred and remained from the middle ground, the Middle Ages. The archeological efforts in Tarragona for a better sense of continuity between the classical, medieval, and modern is to be commended. Here exists the common sense that what remains presents the continuity of history, not just the preservation of the classical as if history stood still, or the attempted encapsulation of a place forever unchanged as though the physical could defy effect of time. In this sense, Tarragona's archeology seems more historical today than it was in its nineteenth-century origins. This is exemplary.*

*Granted that the importance of classical Tarraco is undeniable, that of medieval Tarragona is no less significant. Decisions, actions, and developments at Tarragona during the twelfth century, for example, especially in the conceptualization of a history beyond the immediate and the territorial unity of a state larger than the local culture, were critical in the organization of the Hispanic Church, the formation of the Corona de Aragón, the Euro-Christian hegemony over the Mediterranean based on an Italianate-Languedocian-Catalan alliance and trade system, and the development of a pluralistic society, a diverse culture, and a dynamic, expansionist economic world-view.*

\* \* \*

*What about these entwined ideas of reconquest and restoration in the Middle Ages? History can never be recreated or re-enacted,*

*but only created anew. The knowledge that something intervened in the normal continuity of things is critical in the "re-" or repeated action in the ideas of repossession by conquest, rebuilding, and reorganization of chaos into order based on the idealized model of the patristic church. One can understand the importance of Tarragona's past in ancient Tarraco as the motivation to reclaim a lost inheritance, but what happened in the twelfth century was decidedly different from previous attempts to recreate historical continuity in name only, as in the dedication of a new bishopric in partibus fidelibus as if it were recreated as part of Christian renewal, or mere commemoration to cherish the historical antecedents in the development of the Church. Likewise, reconquest as the taking back of something unjustly possessed by another was something far more easily justified than conquest. The former might be viewed as Holy War imbued with spiritual qualities, meritorious even, while the latter was simply for material gain or political expediency. The aggressive impulses of reform ideology of the post-Gregonian Reform generation, the justification of force not in the defense of Christendom but in its re-establishment during the era of the Crusades, and the territorial ambitions of Christian princes and kings during the Reconquista, all combined in new synergy, grand alliances, strategies, and persistence that made the twelfth-century reconquest and restoration of Tarragona decidedly different from previous attempts. The recreation of Christendom in former Muslim, i.e., formerly Christian territory, produced a church and state different from what had been before or what was ever clearly envisioned. History seldom unfolds exactly according to plan, and theoretical models imitated and transformed concretely are nevertheless representations and reconstructions. So too were the church and principality of Tarragona.*

*Several major questions remain unanswered in the Tarragona affair, however, for which we have imperfect data, incomplete documentation, and in place of concrete evidence only inference and speculation. Perhaps medieval archeology will supply the answers one day; and maybe anthropology will assist surmise by analogy.*

*What was reconquered? And when? How? A grand battle,*



*massive invasion, siege of a fortified city? The assumption has been that Tarragona was a Muslim city which had to be taken similarly to Lleida and Tortosa, but this may not have been the case. The answer calls for a reconstruction of what constituted Muslim Tarragona. Muslim sources are largely mute about the subject, travelers confused the Catalan coastal range and mountains southwest of Tarragona in the Priorat, so clearly visible from the sea, as an extension of the Pyrenees as if Tarragona were part of Frankland or, minimally, the furthest extension of the Muslim march against the old Marca Hispanica in northeast Spain. Muslim Tortosa and Lleida were fortified and administered from Zaragoza by the Banu Hud, but Hudid control of Tarragona is undocumented. Instead of clear evidence that Tarragona was a Muslim city, we are left with tantalizing fragments of information about Muslim occupation: inscriptions on a block reused from the Roman temple to dedicate a mosque at the peak of the caliphate in the tenth-century does not by itself indicate a mosque in use two centuries later. Pottery fragments found are far from numerous to indicate an indigenous population, and style is so generic that locality of production cannot be pinpointed in time or place. These are perhaps more indicative of trade than Muslim residence in Tarragona. Finally, it seems that in the cases of both the Almoravides and Almohades that the African invaders may have garrisoned and refortified Tarragona to use it as an outpost, but their hold over it was never stable or longlasting enough to consider Tarragona genuinely Muslim.*

*Toponymics likewise suggest more than two dozen Muslim villages in the Campo de Tarragona and the Priorate, but over five centuries were these Muslim settlements still alive? The work of Julio Gonzalez and others shows that Muslim occupation of rural areas was tribal, based on the extended family, without the territorial surveying, fencing and mapping association with Christian landholding. So one might reconsider a Christian invasion of Muslim territory as raid through a largely nebulous and amorphous zone, past a soft-shell defense system, and a fruitless effort to hold onto anything very concrete if the indigenous Muslim population side-stepped the foray, paid the invaders off as in the case of parias or blackmail payments for non-aggression under the guise of protec-*

tion money, or simply disappeared into the impenetrable mountains, only to reappear when the marauders left. The rape and pillage might be lamentable, but the Muslims could have their revenge in ambushing the attackers and harassing them back to their Christian castles beyond the Gaia River. In short, the Reconquest of Tarragona land may be characterized more as guerilla warfare than the kind of crusading associated with the occupied Holy Land or the fortified cities of Muslim Spain, and the occupation of the frontier by Christians seems to have been more a process of infiltration than resettlement of a "no mans land", than a military takeover of Muslim urban centers.

Rural archeology is almost non-extant, however, and even if pursued, the rewards for one's labor would be dismal if no artifacts were recovered. This absence of physical evidence for either an extensive Muslim population or Christian concentrations might help confirm my hypothesis, but value system of archeology is based on the tangible, not the absence of it. Great finds make for reputations and recognition in archeology more than the small refinements of largely hypothetical frameworks. Moreover, if over two centuries one had a sparse rural integration, as in the case of hermitages, trading posts, and migrant labor dwellings of a makeshift sort, any precise differentiation of remains from these is unlikely. Chipped bone and stone tools, for example, are hardly telling of one culture or the other; but irrigation channels might be a different thing, and settlement patterns might be revealing. Yet one would still have largely an *argumentum ex silentio*.

From reconquest charters and *franquicias*, we know about highland Muslim resistance to Christian occupation in the mid-twelfth century, but less about the lowlands. And Tarragona itself remains an enigma, except that Odericus Vitalis, referring indirectly to Archbishop Oleguer's crusade preaching in northern France says that the city was in ruins, overgrown with trees, and that its former glory days were ages ago. In short, it seems that Tarragona was a "ghost town" with marvelous ruins haunted by the spirit of times gone-by but not a thriving Muslim city that had to be reconquered. Archeology of the citadel of Tarragona, the Roman acropolis consisting largely of open space insure massive walls, in which

*was centered a temple in ruins, has not uncovered evidence of a Muslim occupation or significant building. The same void holds for the absence of Christian dwellings there. In both cases, whether a temporary ribat of Muslim defenders or a Christian encampment, the scene may well have been a tent city inside the temple precincts and circus, with makeshift shoring up of defenses from the surrounding walls and towers, and nothing more. Even then, Tarragona would have been a dangerous place to camp, since its ruins were so extensive. Indeed, one could have had several encampments at once, in the lower city in ruins of the port, in the urban sprawl and forum areas, and within the upper walls, without much contact. But the element of surprise attack from within the ruins would have been grave, since a creeping raiding party amid the city's extensive rubble and ruins would have been far less detectable than spotting danger from any number of strategically placed towers along the perimeters of the Tarragona campo. It is perhaps better to see Tarragona as a way-station for forays back and forth across the frontier than anyone's permanent holding. It was too massive and hence too dangerous to occupy, even for a temporary stay. A critical mass was required to take and hold Tarragona, which neither side had until the twelfth century.*

*Discounting the bogus pretensions of Abbot Cesarious of Santa Cecilia de Montserrat which were never acknowledged in Catalunya or elsewhere, the precedent established by the ecclesiastical restorative attempt of Bishop Ato of Vic was also contrived and largely fictitious. It did, however, connect the futures of Ausona's church and county with Catalan expansion to the southwest, leaving the ascendant comital house to consolidate affairs at Barcelona. That of Bishop Berenguer Lluçanes of Vic had more substance, but it too was a visionary affair and more of a revolt in ecclesiastical politics from the metropolitanate of Narbonne than a real restoration of Tarragona's church. The enterprise against Tortosa in 1085 was a fleeting gesture, and it is significant that it bypassed Tarragona altogether. The counter-attacks and skirmishes from 1106-1124 with the Africans all occurred along the Ebro and Segre rivers, not in the Tarragona frontier per se. So what can be said of Tarragona's fate after 1118? Simply, that the prize had yet to be won, and*

*even if grabbed, the real issue was the holding onto this immense archeological field. Other such expansive sites, like Ampurda for example, had simply been abandoned, used as a graveyard, and memorialized for posterity. But Tarragona did not lay in the hinterland, it was the gateway to the frontier of New Catalunya.*

\* \* \*

*This century-old ambiguous situation changed dramatically after 1118 in reaction to the African menace along the frontier, which could strike at comital lands in any direction, and at Barcelona itself, from the Ebro fortress cities of Tortosa and Lleida. Tarragona, therefore, became critical not only for its historic significance, but its strategic location. If held by Christian forces and a Muslim foray into Catalunya via the old inland invasion route down the Anoia and Llobregat valleys were attempted, the corridor which was lined with Christian outposts along the cliffs overlooking these valleys from Sarroca and Olerdola to Claramunt and Gelida all the way to Castellwell, could be sealed from behind the attackers from Tarragona. The very threat of such rear-guard action made such invasion unlikely. It was the church which undertook the permanent reconquest of Tarragona in connection with the restoration of its See and in keeping with its emphasis on sacred place, center, and stability, and while comital forces remained mobile in keeping with a largely itinerant court. The architect of the "reconquest" or occupation of Tarragona was Bishop Oleguer of Barcelona, a diplomat extraordinaire, who studied how it was done in the Holy Land through the establishment of crusading states, who masterminded an archconfraternity to finance the venture, and who outsourced the campaign to Norman fighters who had already proven themselves in the Aragonese arena. The enfeoffment of Tarragona under papal suzerainty to Robert Bordet d'Aguiló in 1128 to establish the principality of Tarragona, was nothing short of genius. A ploy based on feudal precedent and safeguarded by ecclesiastical authority, the Normans occupied Tarragona ensconced in the shadow of Barcelona's surrounding comital power backed by Templar might. Archbishop Oleguer never*

took up residence in Tarragona any more than he seemed to reside in his See at Barcelona which he held in plurality, until his last days when toward his death, spring 1137, ill health put an end to his interminable travels.

The Normans, so we know from later documentation, secured their hold on the upper citadel of Tarragona from the praetorian tower that had once guarded both the outlook over the coastline and the Roman circus and which the Visigoths had once found equally well situated. From this commanding site they guarded the walls of upper Tarragona, very likely from surprise attack from lower Tarragona. Robert Bordet was the bishops man, a sworn protector, not so much of the prelate himself, but of his nascent See. Although churchmen quickly reclaimed the hallowed ground inside the Roman amphitheater by building a Romanesque structure over the early Christian basilica that had been erected over the site of the martyrdom of St. Fructuosus, they began rebuilding the ecclesiastical headquarters out of the old Roman temple in the middle of the walled citadel. From these two starting points, medieval Tarragona was eventually resettled.

Was the division between the Norman militarized part of the city and the ecclesiastical city so well demarcated as we are led to believe from documentation after the mid-century when the governing structure designed by Oleguer was redone by the Catalans? Later developments indicate a Jewish quarter adjacent to the Church's enclave, separating the archbishop's zone from the prince of Tarragona's corner. Later Catalan merchant and tradesmen settlement occurred in the circus area, and slowly in the latter Middle Ages, medieval Tarragona extended southward through the rubble of Roman Tarraco's suburbs. Remains from the fourteen century uncovered only by recent archeology, so I am told, point to a suburban expansion in the circus and beyond. But medieval Christian Tarragona in the century of its restoration remained small, compact, and presumably dense. Yet little is known about the Norman defenders, their location other than the tower converted to a "palace", and their numbers, recruits, and ties with the rest of Norman Europe. One might have expected the survival of metal artifacts, at least, armaments, and some artwork. But instead the Normans

*seem to have existed like hermit crabs using the shells of others as their homes, and hence disappeared without much trace.*

\* \* \*

*The re-incorporation of Norman Tarragona into the Crown of Aragon and demise of the principality is revealed in legal documents of court fights in 1153-54 between Robert Bordet's sons, led by the eldest, Guillem, who tried to hold onto their inheritance against overwhelming odds. Their accord established by Oleguer was not lasting; nor could it be after the fall of Lleida and Tortosa in 1146-1148 and the union of Aragon and Catalunya. It is unclear if Oleguer ever foresaw the Normans passing along the secular lordship over Tarragona as an inheritance of a princely dynasty, but it is clear that was the expectation of Prince Robert's sons. Nor did the prelate ensure a timely archiepiscopal succession, since it took the bishops of his new province five years to elect a successor, and then a bad choice at that. Gregory, the abbot of Cuixà, could hardly walk in Oleguer's shoes, and indeed died one year on the job without having left his beloved mountain retreat for Tarragona. The intervening years allowed the count of Barcelona to insure that his own man moved into the vacant see and to the new city. The election in 1146 of a younger man, the protegee of Bishop Guillem of Torroja of Barcelona, the able Bernat Tort, was the count's man. It was he who brought the Normans into line, subordinating them to the Church, and who recognized an overriding comital/royal zuzerainty over Tarragona and perhaps even a more official Catalan governing presence in the city as Catalan settlers moved there. The Normans received no enfeoffments in Tortosa or Lleida and seem to have been cut off from expansion possibilities, before their ambitions at home were curtailed. Catalan militia occupied the outer extremities of Tarragona's territory in the piedmont and coastal shelf south of the city, as did the Templars along the Alt Camp from the Conca de Barberà to Montblanc, and on the other side of the still Muslim Priorat, at Miravet, Gandesa, and Alcañiz. By 1153 Muslim resistance in the highlands was*

*squelched, symbolized by the fall of Siurana castle, but travel along the coast remained dangerous for another century.*

*In Tarragona itself, the Norman faction grew increasingly restless with their confinement and subordination. Their situation changed totally with a resident archbishop, build-up of the ecclesiastical city, and in terms of resident population, their minority status. When Archbishop Bernat Tort failed to return from a diplomatic mission, supposedly to England, he was presumed dead and his old mentor, Guillem de Torroja, whose family was ensconced in the Knights Templars, came to Tarragona as archbishop. We are left without details of the feud that broke into civil war, resulting in the assassination of the archbishop, blame on the Norman brothers as co-conspirators, the murder of Prince Guillem and, ironically, the exile of the remaining family members in Muslim Majorca.*

*It is symbolic of the reincorporation of Tarragona into the Crown of Aragon and the reestablishment of uncontested power of the Church over an ecclesiastical principality there, that in the same year of the destruction of Norman power the Catalans began in 1171 work on their new cathedral of Tarragona over the very remains of the Roman temple. In the process of monumental rebuilding, most certainly Roman edifices were destroyed, and the medieval city began to grow up from and on top of the Roman ruins. The rebuilding was destructive but the overlay was also preservationist. The twelfth-century layer between what remained of Roman Tarraco and new medieval Tarragona, which is best documented by later streets and buildings, is perhaps too thin to be very noticeable, too diffused to appear significant, and too much alike the before and after to be identifiable. There seems to be no identifying characteristic of Norman occupation, for example, as their unique engineering of castles in Wales or battlements in Sicily. Did the Normans disappear from Tarragona literally without a trace? I hope that this is not the case, and that some day, medieval archeology in this city is able to tell us who lived here, when, and how they contributed to the restoration of medieval Tarragona physically. From such fragmented data one might extrapolate more information than is provided by the extant documentation. Although we will never know these pioneers individually, collectively*

*their new frontier society and urban settlement can be known much better than they are today.*

\* \* \*

*The opening of dialogue between historians and art historians, anthropologists, and archeologists is necessary to explore medieval Tarragona thoroughly, and in so doing, remember that in the words of Michel de Certeau, one is also exploring thereby the archeology of knowledge itself. We are shaped by the history we remember as much as by the contemporary experiences we encounter. Enlarging historical memory is an enrichment of life, not in some futile attempt to relive it, but in the meaning of Christian restoration theology, to renew our spirit.*

*In this sense uncovering our past is exploring ourselves presently and ensuring that our futures have bearings. It is hoped that this conference, with remarks before the Reial Societat Arqueologica Tarraconense by an American historian from a distant vantage point, is a positive contribution to such continuing dialogue. I appreciate the opportunity to address you, speak about your local history in the context of global affairs and the expanding universe of knowledge, and before I publish my revision of *The Reconquest and Restoration of Tarragona*. I hope this work might be better informed by the archeology of medieval Tarragona. Thank you.*

LAWRENCE J. MCCRANK